

LA VANGUARDIA

LA ESPAÑA REAL EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS

LOS que manipulan el mundo cuentan, sobre todo, con la falta de memoria de los hombres. Tan pronto como se deja de hablar de algo, ese algo tiende a hundirse en el olvido colectivo. Así se puede «borrar» aquella parte de la historia que no conviene, sea cualquiera su magnitud; de hecho, así se hace metódicamente en un buen trozo del mundo. Algunos individuos recuerdan, pero eso resulta inoperante, y al cabo de unos años ni siquiera están muy seguros: «¿Tendré alucinaciones?» —se preguntan—. Para los que llegan después al escenario histórico, el recurso es infalible, porque ya no encuentran en su horizonte esas porciones de realidad, y viven permanentemente aquejados por su falta, por su hueco, ya que, como es natural, siguen actuando subterráneamente, condicionando la realidad visible y expresa, aquella de que se habla, a la cual se permite existir.

Pero hay un aspecto más sutil y aún más importante de esa utilización del olvido: es el que permite la «creación» de la nada —o de muy poco más—. Conviene, por ejemplo, inventar un gran escritor, porque tal o cual grupo lo necesita. Basta con que los órganos de publicidad digan con alguna insistencia que lo es, para que la opinión «expresa» del país lo admita y de por cierto. Como no es probable que el nombre elegido sea el de un recién nacido o un adolescente, resulta que el ilustre escritor existía ya —y no era demasiado ilustre—; sus libros eran conocidos, nunca habían interesado mucho, habían sido acogidos con relativa indiferencia, y no habían mejorado de calidad. No importa: al cabo de unos meses, ha ingresado en el mundo de los clásicos, y el culatazo confiere genialidad a sus libros anteriores, que salen del limbo en que habían residido diez o veinte años.

Lo mismo ocurre, por supuesto, con un pintor, un escultor, un músico, un actor, un director de teatro o cine; incluso —contando con la ignorancia general del público— con un científico o un técnico. El caso más claro es el de lo que se llama «recuperación de cerebros»: la condición esencial es que el «cerebro» no esté en España, porque si está, o no interesa recuperarlo o, más probablemente, no es cerebro.

Más delicado y grave es este proceso cuando se trata de fuerzas políticas —o que pretenden pasar por tales—. Basta con unas cuantas entrevistas y unos pocos editoriales para que los españoles crean que pueden —o deben— ser gobernados, ahora o en el próximo futuro, por un señor del que apenas sabían nada; o del cual sabían algunas cosas que normalmente lo inhabilitarían para ello. No importa: se borra su mediocridad,

se olvida metódicamente su «hoja de servicios» (y, sobre todo, «a quién» los prestó o los está prestando), y ya está dispuesto para convertirse en nuestro porvenir.

Sin embargo, todavía no es esto lo más importante. El proceso de invención e inflación alcanza su mayor alcance cuando no se refiere a personas sino a «situaciones», a contenidos de la vida nacional. Una revista —sin necesidad de cambiar de título, ni siquiera de director— da por supuesto que España es todo lo contrario de lo que llevaba explicándonos durante un cuarto de siglo. Se llenan la boca con la palabra «democracia» los que llevan decenios y decenios dispuestos a que no elijamos ni a nuestro alcalde. Se consideran «perseguidas» las ideologías que ocupan el ochenta por ciento de los escaparates, mientras es posible que un gobernante sea accionista de un periódico cuya publicación no autoriza. Hay revistas religiosas que van del fascismo al marxismo sin pasar por el cristianismo. Se descubre de repente que el español es la lengua que hablan unos cuantos españoles y en la que, sobre todo, se imprime el «Boletín Oficial»; los demás caen en la cuenta de que no tienen nada que ver con ella y la hablaban, por lo visto, sin saberlo, como Monsieur Jourdan la prosa, en unos cuantos siglos de sonambulismo. O bien se extasían ante las lenguas regionales los que han intentado extirparlas y sofocarlas durante veinte años, tratando de borrar hasta el más modesto letrado en el azulejo de una calle o en una panadería.

Durante el reinado de los Reyes Católicos, en muy pocos años, se pasó de la decadencia, el desorden, la esterilidad que dominaba en Castilla y en Aragón a la hegemonía de España, al comienzo del Siglo de Oro, a la creación en todos los órdenes de la vida. Si alguna vez ha habido en la historia eso que ahora se suele llamar un «milagro», fue entonces. Los «milagros» históricos, económicos, sociales suelen ser explicables; lo que pasa es que su explicación es complicada, y se prefiere no buscarla; además, muchas veces no conviene. En el siglo XV los factores de esa transformación fueron muchos, pero hay uno que interesa recordar. Los españoles —castellanos y aragoneses, es decir, castellanos, leoneses, asturianos, vascos, gallegos, andaluces, murcianos, extremeños, aragoneses, catalanes, valencianos, mallorquines, todavía no los navarros ni los canarios— empezaron a sustituir las ficciones por la realidad. Conforme pasan los años, advertimos un ajuste entre lo que parece ser y lo que es, un «incremento de la verdad», si vale la expresión. Se sustituye el «hacer que hacemos» por el «hacer

lo que hay que hacer». Se va adquiriendo la costumbre de mirar las cosas de frente. Las quimeras empiezan a disiparse. En lugar de hablar de las cosas que hay que hacer, se hacen.

Repátese hoy una colección de un periódico, de una revista. Un porcentaje elevadísimo de sus páginas está dedicado a explicar lo que hay que hacer, lo que se debe hacer, lo que se va a hacer. Se especula interminablemente sobre la «nueva tecnología»; pero ¿quién hace tecnología? Se critica la filosofía del pasado y del presente, se le hacen ascos, se discurre por el campo de lo deseable; ¿no sería más interesante escribir un buen libro de filosofía? Se habla a toda hora de la necesidad de «cambiar las estructuras» —tal vez sin una idea demasiado clara de qué sea estructura—, pero se omite presentar con rigor un cambio interesante, inteligente, apetecible, no digamos realizario, en el campo en que cada uno tiene capacidad de actuación.

No creo que España pueda normalizar su vida mientras los españoles no decidan energicamente desembarazarse de fantasmas, embelecos, trampantojos y enfrentarse con la realidad. Y la realidad son ellos, los treinta y cinco millones redondos de hombres y mujeres (y niños, no los olvidemos) que quieren o van a querer ser algo, mejor dicho, alguien, de muchas maneras, no al dictado ni según un figurín viejo de cuarenta años o transfigurado o recién inventado. Y esos españoles en un territorio que no se puede inventar ni sustituir —ni desconocer—, con un larguísimo pasado a la espalda, que sirve para imaginar el futuro, para poder tenerlo y no estar repitiendo el pretérito. Y, por supuesto, todo eso en Europa, que no es más que uno de los dos lóbulos de Occidente, lo cual es todavía más claro visto desde España, occidental y no sólo europea desde su nacimiento.

El día que los españoles se levanten temprano, de buen humor, con gana de hacer limpieza, escoba en mano, quiten las telarañas, hagan huir a las sbandijas emboscadas en las ranjidas y hendiduras, y desmonten alegremente los tableros y bambalinas del retablo de las maravillas, que no permiten ver las verdaderas estructuras arquitectónicas del viejo y prodigioso edificio, todo se pondrá en marcha y se extenderá ante sus ojos un camino incitante e incierto, lleno de sorpresas, encrucijadas, promesas y aventuras. Acaso ese día esté más cerca de lo que parece.

Julián MARIAS

LA ALIMENTACION HUMANA PARA LA HISTORIA DE LOS SABORES

— y III —

QUIZA, en estas notas, me he puesto un poco pesado al reiterar las referencias a determinados animales comestibles, especialmente terrestres y volátiles, en función de su oría industrial. Pero creo que valía la pena. No era mi pretensión ahondar en el tema, ni mucho menos, y los ejemplos aducidos servían para esbozarlo con un mínimo de claridad. No hacía falta más, supongo. El lector, por su cuenta, habrá ido supliendo los huecos de mi explicación. La actual «revolución de la mesa» es un hecho tan evidente, que no necesita subrayados. Lo dicho de las carnes-carnes hasta cierto punto se repite con algunos pescados, de vivero y dieta fabriles. Hay truchas de granja, anguilas de granja, y en Castellón de la Plana iban tras los langostinos de granja. Y lo mismo con las verduras. Los labriegos se han espabilado bastante, y fuerzan el rendimiento de sus plantas con las correspondientes astucias de la técnica. Ya el paso de los abonos orgánicos a los abonos químicos repercutió en la calidad de los frutos. Hoy los trucos son más sofisticados, a la búsqueda de «primeurs» o de apariencias plausibles. Los paladares severos se quejan de ello: un tomate de hoy ya no es lo que era el tomate de hace diez años. Para redondear el esquema, ahí están los botes y los congelados, acerca de los cuales me callo. Y los sucedáneos, que no son de ahora, pero que ahora cunden gloriosamente. Etcétera.

Toda una «revolución», sí. Una «tradición» de comer —poco o mucho, bien o mal— se interrumpe, para dejar sitio a otros productos e incluso a otros estilos de alimentación. En países como los nuestros, todavía no excesivamente «norteamericanos», la cocina ancestral, a pesar de los pesares, mantiene sus posiciones, y la fiambrera del obrero sigue las pobres pero honradas recetas familiares. La perspectiva de re-

signarse a esos emparedados de lechuga y salsa de tomate, o cosas peores, que vemos en las cafeterías de teletienda de importación, está a la vuelta de la esquina, sin embargo. Las multitudes urbanas —los «cuellos blancos», en particular—, que han de comer fatalmente «fuera de casa», acabarán deglutiendo esas manufacturas borrosas, porque el sueldo no les da para entrar en un restorán ni el tiempo les permite acudir a su domicilio, donde, por lo demás, tal vez la esposa, que también trabaja, tampoco está para bromas con el fogón y las cacerolas. Puede que el cambio de ritmo y de estructura en las comidas provoque dispepsias y úlceras de estómago. Será un mal transitorio, si llega a serlo. Nuestro aparato digestivo se acostumbra a todo, a la corta o a la larga. Los privilegiados del bolsillo podrán salvar la amenaza con menús delicados y sutiles. Serán la excepción. Y eso, si el médico no les ha impuesto un régimen árido.

De todos modos, queda por apuntar otro asunto: el del sabor «artificial». En realidad, la «cocina» se basa en las mezclas, las cocheras, las especias, los estofados, los sofritos, el salchicho, las salsas, los picadillos, los untos, y todo lo que la imaginación de la gula ha inventado. Y ésta es otra «historia». Nuestro antepasado cavernícola y cazador, o su abuelo, cuando aún no había «descubierto» el fuego ni una olla que lo resistiese, tuvo que comer carne cruda y verdura cruda. Los progresos tuvieron que ser lentos: el asado, el cocido y sus calditos, el pan, la sopa, el gazpacho, las migas, el embutido, el jamón... Solo Dios sabe lo que le costó al «hombre» obtener las sucesivas ventajas para hacer divertido —ameno— el cotidiano episodio de su nutrición. ¿Cómo se inventó el queso, cómo la mojama, o la tortilla, o el chorizo, hasta llegar al turnedo, al ajoacete, a los «patés», a la croqueta, a Brillat-Savarin? Los eruditos, y vuelvo a

decirlo, se han ocupado poco de estos asuntos. Quizá por una relativa carencia de documentos. Sea como fuere, si existe la idea de una «historia total», o siendo más modestos, si ha de haber una «historia social», una «historia económica», se impone averiguar cómo se ha comido, qué se ha comido, y ¡ay!, qué «gusto» le sacaba la gente a su sentido del gusto.

No conozco ninguna «historia de la cocina», que sea discretamente satisfactoria. Puede que sea un libro imposible. La «cocina» —los sabores, en ella— nunca fue «uniforme»: la geografía y el comercio, la clase y sus implicaciones, lo condicionan todo. De ahí esa fascinante, fatigosa y ya degenerada noción de la «cocina popular». De ahí los exotismos espeluznantes: mutuamente espeluznantes. Hay zonas donde la gente —la gente rica, para empezar— come hormigas, ratas, lagartos. No son sólo los chinos, los vietnamitas o los hindúes. Una magnífica receta para comer gato asado, unguido con «allio» y azotado durante el tueste, figura en el «Art de coc», del «diligente mestre Robert», cocinero del serenísimo señor don Ferrando, rey de Nápoles, publicado por primera vez —que se sepa— en Barcelona en 1520. La corte de Nápoles no le hizo ascos al gato, y muy probablemente, la población catalanovalenciente que compró el volumen de Robert de Nolla, se animó a ver qué daba de sí un felino doméstico. Pero el gato seguía siendo carne. Lo curioso del «Art de coc» son sus salsas: sus combinaciones de miel, de canela, de sal, de azúcar, de granadas, de calabazas, de vinagre, de ingredientes antagónicos... ¿Antagónicos? Nos lo parecen hoy. Y el aceite... El entrañable aceite de oliva ceibérico era una manera de evitar el tocino, otra grasa. Moros y judíos, y su descendencia, tenían canónicamente prohibido el puerco. El jugo de la aceituna, convertido en rutina general, da la razón a don

Américo Castro. Las freidurias y las ensaladas hispánicas no «huelen» a «cristiano viejo».

Esto no pasa de ser un detalle. Los «sabores» estatuidos hoy, en los hoteles y en las tabernas, en los «bistrot» y en las «trattorie», en los ignominiosos tenderetes griegos que Alexis E. Solá me obligó a visitar, son el resultado de extrañas superposiciones de miseria o de talento en la manipulación de unos ingredientes locales y de su precio. Al lado de la «cocina» aristocrática, cosmopolita y posiblemente en decadencia, se aguantan, y no mucho, las «cocinas» comarcales, sanas y abruptas en sus planteamientos, pero que la comercialización turística deteriora. El «sabor» individualizado va perdiendo terreno a todos los niveles. Las mismas «salsas» clásicas se venden en envases y con unas dosis de excipientes que, a lo peor, luego resulta que son cancerígenos, o no. El erotismo cuenta con una «historia» aproximativa: muy rudimentaria, incluso grotesca, a la manera de Lo Duca, como engañosos internacional, aunque con una ligera validez. Los «sabores», esa otra forma de concupiscencia jovial, todavía carecen de catalogación y de cronología. Con el agravante de que, con el «sabor», se involucra el alimento: el pan nuestro de cada día, y lo que con el pan se come. Se parte del «hambre» y se llega a donde se puede llegar. Marx se refirió al vientre: Freud, al bajo vientre. Y ambos, a más cosas. Así como el «complejo de Edipo», pongo por caso, sólo sería admisible en un rodal donde Edipo significa algo —universitariamente, claro está—, la «gastronomía» es una opción dispersa, culturalmente plural, y difícil de concretar. Es un reto a los «historiadores», y más cuanto más «materialistas» sean, dialécticos o no.

Joan FUSTER

BAZAR Perpiñá
PERPIÑA está con toda Cataluña
 Compre hoy a precios de ayer

Ejemplos:
T.V. portatil 8.888
LAVADORA AUTOMATICA 8.777
FRIGORIFICO 6.666

Con la garantía y servicio PERPIÑA

50 AÑOS AL SERVICIO DEL CLIENTE

Transporte gratis a toda Cataluña

Rda. Universidad, 21
 y Rda. San Pablo, 4-6 y 8
 TELS. 242 1735
 318 79 94

LAXEN BUSTO
 LAXANTE GOLOSINA



¿NO VE VD. BIEN?
 COMPRE SUS GAFAS EN



OPTICA CLARAMUNT
 PISO 5
 GAFA PERFECTA Y ECONOMICA

Escuelas Pérez Serra
 Un centro completo.

Presector E.G.B. B.U.P. COU

Consejo de Ciento, 321-323 Tel. 317 72 16 Barcelona

ARREGLO
 ROPA DE VESTIR DE SEÑORAS Y CABALLEROS

Coloca cremalleras, alarga, acorta, zurca, moderniza etc. CITY SERVICE

c/ Mallorca, 180 A (Jto. Muntaner) • c/ Muntaner, 570 (Jto. Pza Bonanova) y c/ Lepanto, 309 (Jto. Avda. Gaudí)

En Tarragona: Avda. Navarra, 62. «Recorteme y Guardeme»